

EL SIGNIFICADO DE LA VIDA CONTEMPLATIVA¹⁰⁷

Frecuentemente, nos preguntan -aún personas cristianas- “¿para qué sirven las contemplativas y los contemplativos?”. Que hombres y mujeres se consagren a Dios para servicio de sus hermanos: educar a los niños, cuidar a los enfermos o ayudar a los pobres, se comprende perfectamente. Pero que hombre y mujeres se retiren de la vida social -no digo del mundo- y no ejerzan siquiera una actividad apostólica, ¿no es privar a la Iglesia y al mundo de grandes riquezas?, ¿no es un desperdicio de fuerzas?

Aquellos cristianos que tienen un cierto sentido de la oración, que conocen la eficacia de la intercesión y creen en la comunión de los santos, aceptan con gusto esa forma de vida cristiana llamada *contemplación*. Se regocijan con el pensamiento de que haya quienes recen por sus intenciones, las de la Iglesia y las del mundo. Para ellos, la vida contemplativa sirve para algo, la admiten, la defienden, desean que los monasterios estén poblados porque, conforme a una expresión corriente, son “los pararrayos de la humanidad”.

No temo decir que estos cristianos tampoco han comprendido el sentido de la vida contemplativa, pues su manera de enfocarla no está lejos de la de aquellos que piensan que es un desperdicio. Unos y otros plantean la cuestión en términos de utilidad, de eficacia, de rentabilidad. Unos y otros intentan responder a la pregunta “¿para qué *sirve* la contemplación?”. Y unos y otros manifiestan así el espíritu del mundo, que justifica la belleza de la existencia por el *hacer*, por lo que se ha dado en llamar lo rentable. Según ese espíritu, el hombre vale sólo en la medida en que haga algo que entre en el mundo de lo útil. Esta preocupación por la rentabilidad puede, por otra parte, invadir, y, de hecho lo invade, el ámbito de lo espiritual, que es, sin embargo, el mundo de la *gracia*, de la gratuidad.

A la pregunta “¿para qué sirve la vida contemplativa?” hay que responder resueltamente que “no sirve para nada”, al menos, en el sentido en que se toma hoy esta palabra *servir*: servir para algo, más bien que servir a alguien. La vida contemplativa no pertenece al mundo de lo utilitario ni de lo rentable. Pero, es mejor todavía, rechazar la pregunta así propuesta. No debemos preguntarnos “para qué sirve” la contemplación, sino “cuál es su significado en la Iglesia para el mundo”. ¿Que nos dice ella del misterio de Cristo y del misterio del hombre? Plantear la pregunta de esta manera conduce a justificar la vida contemplativa, no por el *hacer* sino por el *ser*. Y aquí descubrimos el Espíritu de la Revelación.

Una religiosa contemplativa no *sirve* para nada, no *hace* nada -en el sentido mundano de estos términos-. *Ella existe de una manera original* y esta existencia nos habla de Dios y nos habla del hombre.

La opción que una contemplativa ha hecho nos dice que el Reino de Dios es el valor supremo y que por él vale la pena sacrificarlo todo; que es la perla preciosa y única para cuya adquisición hay que darlo todo. Tal opción nos dice que en el Reino de Dios, que alcanzará su plenitud al fin de los tiempos, el hombre no tendrá que hacer esto o aquello, sino sólo contemplar, es decir, recibir a Dios que se da, alabarle y darle gracias porque es Dios.

Esta situación, que asombra, nos dice también que lo que define al hombre, lo que constituye la grandeza de su vida es, antes que cualquier acción, el simple hecho de existir y de ser llamado

¹⁰⁷ Homilía pronunciada por Mons. R. Coffy, en Santa Escolástica de Dourgne, para la profesión y consagración de la Hna. Rosalina Muller, el 3 de noviembre de 1974.

por Dios. Nos dice, pues, que todo hombre vale por el hecho de que existe; que, aun antes de que haya realizado algo, su existencia es ya hermosa.

No es inútil que se nos recuerde esto a nosotros, cristianos, que para hablar del misterio de Dios, empleamos frecuentemente un lenguaje proveniente más del mundo comercial y utilitario que del mundo de la gracia.

No es inútil que se recuerde esto a todos los hombres en este tiempo nuestro que ha sido calificado como “tiempo del desprecio del hombre”, en nuestra sociedad que todo lo juzga en función de lo útil y de lo rentable.

No es inútil que se nos recuerde, a quienes trabajamos en la evangelización, estudiamos métodos y aplicamos medios de toda especie, que el Reino de Dios es una *gracia* que se recibe en el silencio y en la oración.

La vida contemplativa nos dice también que el Reino de Dios, que llegará a su plenitud al fin de los tiempos, está ya presente en nuestro mundo, está entre nosotros y en nosotros. Es una realidad inaugurada, esbozada en esta tierra, que podemos y debemos vivir ya desde ahora. Jesús dice a Zaqueo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa”. Esta palabra *hoy* tiene gran peso en este texto. Es esta una convicción de fe que en verdad nosotros no olvidamos ya que nos esforzamos para que el Reino de Dios se halle en el centro de nuestras ocupaciones y de nuestras actividades. Pero vosotras hacéis de ello vuestra *única* preocupación, y recibir ese Reino es vuestra *única* actividad. Esta opción no la habéis hecho en vista de vuestra salvación personal ni de una salvación más fácil. Los caminos de la salvación son innumerables y los que eligen los recodos de la actividad no siguen un camino ni menos directo ni menos fácil. Esta opción la habéis hecho para recordar sin cesar a los hombres que el Reino de Dios debe ser el centro de todas las preocupaciones y de todas las actividades de los cristianos. Sois contemplativas para repetirnos que *no debemos olvidar lo esencial*: el Reino de Dios; y también, que este Reino, si bien se inscribe en nuestras realizaciones, jamás se reduce a ellas. No es inútil que se nos lo repita en nuestros días.

He ahí algunos aspectos del significado de vuestra existencia de contemplativas. Para terminar, agregaré una última palabra. Hay una manera de hablar y de pensar -no suficientemente criticada- que nos lleva a yuxtaponer y hasta a oponer contemplación y misión apostólica. ¿Vuestra existencia no es acaso misionera al máximo? No hablo del poder de intercesión de vuestra oración. Todos estamos convencidos de ello. Me refiero al *significado eclesial y misionero de vuestra vida* de contemplativas. Anunciáis sin cesar, viviéndolo, la finalidad de la misión; reveláis la dimensión esencial de la vida eclesial: la oración, la contemplación, es decir, recibir el Reino de Dios con alabanza y acción de gracias.

Muchas gracias, hermana, por haber elegido la vida contemplativa.

Sé plenamente lo que eres a fin de que nosotros seamos lo que el Señor espera de nosotros.